

Januario Espinosa

Domingo Melfi, íntimo (1)

Llegó muy niño a Talca, con sus padres, de nacionalidad italiana, pero nada tenía de lo que es corriente observar entre los hijos de la gloriosa nación mediterránea: ni vehemencia ni facundia; ni las actitudes teatrales, ni la pasión por el canto. Ello dió lugar para que yo le dijera, discurseando, en un almuerzo que le ofrecíamos los escritores: «—Estoy por creer que Domingo, con su serenidad trascendente, con su bonhomía y sus modales siempre tranquilos, ha nacido en Suecia o en Dinamarca, en todo caso muy lejos de Roma».

Apareció en la literatura con unos ensayos, especie de semblanzas de grandes escritores, que publicó en la segunda época de «Pluma y Lápiz» (1912). Había venido adolescente a la capital para seguir una carrera universitaria y recibió un título para una profesión que no ejerció nunca. Aquellos artículos lo revelaron como

(1) El novelista Januario Espinoza, publicó este artículo en «Las Últimas Noticias», el 15 de enero del presente año, o sea 22 días antes de su fallecimiento, pues Januario murió en la mañana del 7 de febrero.

un escritor de primera fila: su madurez de juicio, su estilo cuidado y armonioso quedaron fijados desde el primer día. Pero últimamente había ganado en gracia y fluidez, en el don de la ironía, y no hay duda de que su «Viaje Literario», dado a luz a mediados de 1944, es lo mejor que saliera de su pluma,

Cuando se fijó en la capital, sólo amigos encontró entre los escritores: no podía sino estimársele por la bondad que fluía de su persona, por su benevolencia para juzgar a los otros: nunca se le vió ejercer ese espíritu destructor que a buen número de intelectuales anima, o sea el afán de aminorar a los compañeros para elevarse ellos mismos. Pero fué con Mariano Larre, con Jerónimo Lagos, con Benedicto Chuaqui, con Ernesto Montenegro, con Luis Durand con los que cultivó una amistad más estrecha. Si alguien lanzaba un chiste, lo celebraba con una risa franca, pero de opaco tono. Y ante la maledicencia, marcaba su desagrado con un gesto expresivo, o sonreía con lástima.

Cuando, en 1932, se fundó la Sociedad de Escritores, hubo general asentimiento para elegirlo presidente: era el que más unía a un gremio en que las disensiones son frecuentes, y en donde fácilmente se forman grupos hostiles, que se gruñen. Y ahí estuvo muy bien con sus gentiles modos, con su don de probidad que era como su segunda naturaleza.

Los que fuimos sus amigos no podíamos sino tenerlo en la estimación más alta. Acercarse a él era como entrar a una atmósfera limpia, en donde la vida se hace

más liviana, su sonrisa amable borraba toda amargura, sus palabras benévolas barrían con todo sedimento venenoso. Algo—antepasados gloriosos, una nobleza antigua y sin fallas—le comunicaba cierta superioridad indis utilible.

Y la muerte vino hacia él con pasos de silencio, en medio de un sueño tranquilo: fué la eutanasia que merecen los hombres que lograron dejar tras de sí una simpatía profunda.